

Editorial

Instruir y educar

JAIRO ALBERTO ROMERO ROJAS

Profesor titular de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

jairo.romero@escuelaing.edu.co

Nos debatimos entre la dicotomía de la corrupción y la violencia, por una parte, y la impunidad ante estos hechos, por la otra. Se hace necesario reconocer que los derechos no son gratuitos y que deben ser siempre el resultado del cumplimiento del deber. Aunque todos somos seres humanos, no será viable una sociedad en la cual no sólo se perdona al criminal sino que también se le premia.

Si se cae en la corrupción y en la violencia, es porque falta educación; en este orden de ideas, el padre que no le enseñó a su hijo a ser honrado es porque no lo educó bien. Así, reconocemos que educar al niño obligándolo a aprender que siempre tiene que cumplir honradamente con el deber que la vida le asigne es la base para hacer de él un hombre de bien, tal como lo reconoce Séneca: “Lo que de raíz se aprende nunca del todo se olvida”. Si el niño no se educa en su casa, el mundo actual lo deforma. Una buena educación se imparte con el ejemplo de buenos padres y buenos profesores, pero formarse no es, obviamente, nada fácil.

El reto de formar ingenieros capaces de satisfacer sus deberes como profesionales es esencial para la salud, el bienestar y la satisfacción de toda la sociedad. Formar un ingeniero supone instruirlo, enseñarle lo necesario y transmitirle los conocimientos requeridos para que,

como profesional, sepa solucionar los problemas que sus deberes le exigen resolver; todo esto involucra educarlo, formarle valores, con el fin de acrisolar en él una estructura moral capaz de permitirle rechazar siempre los atractivos de adquirir una riqueza fácil, violando todo concepto ético fundamental.

El colegio, la universidad, el matrimonio, los amigos y el trabajo profesional fortalecen el alma para afrontar las dificultades de la vida, pero no pueden sustituir la formación individual impartida en el hogar. Parecería justo preguntar, entonces, quién o qué ha sustituido la formación hogareña de la madre ausente del acompañamiento permanente del hijo.

Encontrar profesionales universitarios que comulgan con la corrupción y la impunidad es, por lo menos, motivo para preguntarse qué debe hacerse para mejorar ese componente de la educación que garantice la fortaleza moral en el ejercicio profesional mediante la inculcación de valores. Para la universidad, lo importante no es obtener prestigio con base en la publicidad que ofrecen los medios. La acreditación la da el excelente ejercicio profesional de sus egresados, dentro de un desempeño ético y moral ajeno a toda corrupción.

Como decía Aristóteles: “Educar la mente sin educar el corazón no es educación en absoluto”.